

CASA DE ALMA

¿Cómo podríamos habitar una casa, residir en el mundo, sin el amparo de un armario? ¿Dónde guardar los rastros y los restos imprescindibles de la vida sino en la cálida, acolchada oscuridad de su protección? ¿Qué memoria caudalosa o parca sería capaz de recrear tu biografía sin abrir o cerrar las puertas de un armario y recuperar un relámpago oloroso de plantas aromáticas o frutas secas del árbol familiar, naftalina de infancias, el temblor de objetos y tesoros de tu nomadeo espiritual, cuya resonancia hibernada sólo apagará la muerte mientras su exhumación vale toda una vida ya inaprensible?

Los reconocemos como un pliegue mágico y misterioso de la existencia porque, en algún momento, nuestro ser estuvo dentro de su geografía y aun hoy sale y regresa, inesperadamente, del mundo a su interior. Recuérdalo: de su entraña luminosa, el prodigio de una mano rescataría el secreto celosamente protegido y allí defendías de la visibilidad tus pasiones o acumulabas universos sellados, fragmentos del destino, que la mirada al pasado celebra ahora con la ternura de una sonrisa: el lugar de la fidelidad, la alcoba de la memoria, la casa de la sangre, donde siempre comenzó la segunda realidad de las cosas y, en la actualidad, silban las desapariciones como un eco sin fin.

Era tu armario. Hoy, después del cansancio y las despedidas, cuando tu cuerpo ya no cabe en mundos físicos diminutos que un día fueron infinitos para tu conciencia y la pureza apenas es un don imposible que sólo convive con la evanescencia y la ceniza, has aprendido a pronunciar su nombre verdadero: armario. Así lo dices, sílaba a sílaba, al-ma-rio, y, repentinamente, se abren sus puertas para que tu cuerpo y tu voluntad, con sus heridas, entren, de nuevo, en su misterio original y seas, por un momento, el que fuiste y, a duras penas, regresa.

Fernando Gómez Aguilera
Teguiise, julio 2010